

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
Tesis Licenciatura en Sociología

**Las sociedades y el fenómeno de la muerte humana:
Montevideo ayer y hoy**

Gabriel André

1998

INDICE

<u>INTRODUCCIÓN</u>	1
<u>D) LA MUERTE</u>	2
I.1) Consideraciones fisiológicas.....	2
I.2) Consideraciones antropológicas.....	4
I.3) Muerte y sociedad.....	7
I.4) La muerte y el lenguaje.....	9
I.5) La muerte y las culturas.....	10
I.6) Formas de encarar la muerte en occidente.....	11
<u>II) LA MUERTE EN EL MONTEVIDEO DEL SIGLO PASADO</u>	12
II.1) Aceptación e integración de la muerte a la cotidianidad.....	13
II.1.a) Lenguaje.....	14
II.1.b) Ritual.....	14
II.2) Medicalización y control público-burocrático.....	15
II.3) La modernidad, el cuerpo y la salud.....	16
<u>III) EL DESTIERRO DE LA MUERTE</u>	18
III.1) La muerte y la cultura actual.....	19
III.2) La muerte y el mundo religioso de hoy.....	20
III.3) La exclusión de la muerte, del mundo de los vivos.....	22
III.4) Burocratización y control social sobre el duelo y la funebria.....	25
III.5) Modernidad: el cuerpo como único valor.....	29
III.6) Cuerpo, muerte y nuevas tecnologías médicas.....	31
III.7) El cadáver.....	32
III.7.a) El ritual del velorio.....	34
III.7.b) El cementerio.....	35
<u>CONCLUSIÓN</u>	37
<u>Bibliografía</u>	41

INTRODUCCIÓN

Lo que en el trabajo intentamos hacer, es abordar desde el punto de vista de las ciencias sociales –en nuestro caso sociología, antropología e historia-, el fenómeno de la muerte humana. Más estrictamente hablando, se trata la cultura generada en torno a este fenómeno: rituales, representaciones, creencias, actitudes, significaciones, etc.

Para dicho trabajo, utilizaremos en primera instancia como telón de fondo, el Montevideo del siglo pasado o lo que llamaremos cultura paleocriolla*. Luego, al elaborar y argumentar la exclusión y ocultamiento de la muerte de la sociedad, nuestro telón de fondo será este Montevideo de fin de siglo del que todos formamos parte.

Aunque nuestra perspectiva es desde las ciencias sociales, no debemos despreciar una visión del fenómeno desde las ciencias biológicas. Si bien el fenómeno de la muerte (actitudes, ritos, creencias, etc.) es –al menos desde nuestro punto de vista- esencialmente cultural; no debemos olvidar la realidad biológica que el fenómeno encierra y la cultura muchas veces intenta exorcizar. Es decir que, de ser posible (hipotéticamente) la des-culturización del fenómeno de la muerte, al hacer una abstracción intelectual y controlar la variable cultural, aparecerá con mayor fuerza y claridad la realidad de la que hablamos.

La pertinencia del tema, de ser abordado por las ciencias sociales, está dada por las características propias del fenómeno. La vida, y por tanto la sociedad, no es pensable ni concebible sin la muerte: *“...la vida en todos sus niveles (...) y en todos sus aspectos y modos de ser estudiada resulta inseparable de la muerte, que es, por así decirlo, su cara complementaria.”*¹

Dentro del mundo que conocemos, en el que vivimos y del que tenemos experiencia empírica, nos encontramos con cuerpos orgánicos y cuerpos inorgánicos. Los seres vivos, que mantienen la

* Según D. Vidart, la cultura paleocriolla se extiende desde el nacimiento de la Banda Oriental hasta el inicio de la gran inmigración europea (mediados del siglo XIX). Se inicia entonces la neocriolla. Luego de la Segunda Guerra mundial, se comienzan a precisar los caracteres de la actual cultura postcriolla.

¹ CORDÓN, “La vida y la muerte”, pág. 5.

vida resistiéndose a la muerte mediante procesos de integración celular, son esencialmente mortales. Esta mortalidad es considerada como especie y como parte de esta, como también desde su individualidad e independencia de la especie: *"los seres vivos no pueden concebirse sino como fatalmente mortales."*²

Desde la perspectiva de una evolución filogénica de la muerte, nos encontramos en un estadio del devenir científico y social en el cual se ha desplazado más que nunca los límites que la muerte marca a las distintas formas de vida. Este cambio se ve primeramente en el hombre, pero también se detecta en algunas de las formas de vida que lo rodean y de las cuales este utiliza. Los humanos de este fin de siglo hemos logrado dilatar temporalmente los límites de la muerte de una parte de los miembros de las sociedades modernas; pero, paradójicamente, aún no hemos erradicado las distintas formas de muerte que el sistema económico, político y social en el que vivimos genera y se alimenta. La relación del hombre con los seres orgánicos e inorgánicos del medio, relación de muerte en la mayoría de los casos en lo que a los seres orgánicos se refiere; se ha trasladado también a las relaciones hombre-hombre. De forma tal de que para que unos vivan, otros han de morir: *"la vida es la muerte"*.³

Por lo tanto, el abordaje del fenómeno es sociológico, pero empobrecería el análisis olvidar la realidad (o al menos una de las realidades) que se encuentra en la base de dicho fenómeno: un acontecimiento fisiológico, la muerte celular, un organismo que cesa.

I) LA MUERTE

I.1) CONSIDERACIONES FISIOLÓGICAS

El fenómeno al que estamos haciendo referencia, puede ser definido desde una perspectiva fisiológica de la siguiente manera: *"La muerte, que usualmente es la desaparición del individuo,*

² CORDÓN, *"La vida y la muerte"*, pág. 21.

³ CHAUCHARD, *"La muerte"*, pág. 7.

consiste en forma fundamental en la pérdida definitiva de la actividad protoplasmática de las células que lo constituyen."⁴

Hablar de la muerte implica hablar del cadáver; es decir los restos inanimados de aquello que ha vivido. La muerte es conocida solo por los cuerpos vivientes que se encuentran en el mundo y se relacionan con sus respectivos ambientes. La muerte, que puede ser entendida más cabalmente haciendo referencia al fenómeno de la vida, sea tal vez una realidad tan desgarradora en la condición humana por el hecho de que la naturaleza (al menos en el estado en que la conocemos) no tiene capacidad de crear la vida; o sea, transformar un cuerpo inorgánico en orgánico. Toda célula (unidad última de la vida) proviene de una célula preexistente.

Una de las paradojas de la vida, que ha dado lugar a interpretaciones biologicistas de la sociedad, es la siguiente: *"sólo las células de los protistas poseen todos los poderes vitales que les permiten una vida independiente; las células de los seres superiores muy especializados no pueden vivir más que en sociedad..."*⁵

Es decir que la muerte se presenta al observador, esencialmente, como la destrucción de la organización celular; y por lo tanto la muerte es desde un punto de vista estrictamente fisiológico la desaparición de esta unidad y complejo químico, ruptura en la cual los elementos que constitúan la vida se irán disociando para retornar a la naturaleza inanimada.

En los organismos superiores (entre ellos el hombre), la muerte biológica —que no necesariamente coincide con la extinción de la personalidad—, no es un instante en el tiempo sino un proceso: *"Todo morirá poco a poco, órgano por órgano, célula por célula, pues en un organismo evolucionado como el del hombre, la vida de cada detalle depende de grandes funciones esenciales (circulación, respiración) que están aseguradas por una coordinación del conjunto. Por lo tanto, frente al cuerpo que en el sentido habitual del término acaba de morir, se debe en realidad decir que*

⁴ CHAICHARD, *EL ORIGEN DE LA MUERTE*, p. 110.

comienza a morir, que su muerte es fatal; en estas condiciones la muerte es un pronóstico que tiene todas las chances de realizarse."⁶

En el proceso de invasión de la muerte en el organismo pueden distinguirse distintas etapas (muerte aparente, muerte relativa o clínica y muerte individual u orgánica absoluta), así como diversos signos de la presencia de esta (cese de la respiración, detención del corazón, enfriamiento, etc.) largamente estudiados por miedo a la inhumación prematura.

En nuestro trabajo hablaremos del signo inequívoco de la muerte que es el cadáver, y del horror y temor, así como todo el control burocrático-médico-sanitario que en torno a él y los sobrevivientes se despliega. Resulta por lo tanto imprescindible terminar esta aproximación al tema citando nuevamente a Chauchard: *"Algunas horas después de la muerte aparecen las livideces cadavéricas, napas sanguíneas en los tejidos superficiales de las partes declives que toman un aspecto equimótico. Más o menos pronto (...) aparecen los signos de putrefacción con su olor y la mancha verde en el abdomen, principalmente debido a la pululación de microbios intestinales. El cuerpo se hincha proviniendo esta hinchazón del gas de putrefacción (...). Cuando el oxígeno presente está agotado ya no hay más que microbios anaerobios, que sólo viven en ausencia de este gas. La putrefacción necesita una determinada cantidad de aire, de humedad y de calor."*

*"Poco a poco el cadáver se esteriliza, se deseca o se licúa, siendo acelerada la acción de los microbios por toda una fauna especial, particularmente de insectos; después entre cuatro y seis años, ya no queda más que el esqueleto."*⁷

1.2) CONSIDERACIONES ANTROPOLÓGICAS

Hecha la reseña fisiológica, resulta imprescindible también a la hora de abordar el tema en cuestión, desplegar un mapa con los principales puntos en lo que a la elaboración del pensamiento

⁶ CHAUCHARD. *"La muerte"*, pág. 67.

⁷ CHAUCHARD. *"La muerte"*, págs. 72-73.

sobre la muerte se refiere. De forma breve intentaremos abordar las principales corrientes de pensamiento (religioso y filosófico) que a lo largo de la historia determinaron y determinan la manera de entender y tratar el fenómeno de la muerte, así como las posibilidades de sobrevivencia a ésta.

Para Carse⁸ existen solo tres opciones centrales del entendimiento de la muerte, dentro de las grandes tradiciones filosóficas y religiosas:

- la extinción total,
- la preservación de la personalidad,
- y el continuo renacimiento del alma.

Todo el pensamiento humano en torno a la muerte, se resume de alguna manera en la posibilidad y la forma de llevar la experiencia de discontinuidad radical que la muerte significa, a algún tipo de continuidad más alta.

Dentro del pensamiento clásico griego, los puntos de referencia más importantes fueron expresados por Platón y Aristóteles. Para el primero el alma es una sustancia indivisible e inmortal, es decir que desde la perspectiva de este, morir es tan solo abandonar el cuerpo. El dualismo platónico (cuerpo y alma) perdura hasta el hoy. En distintas versiones y refinamientos él sigue siendo (en su doctrina de la inmortalidad del alma) una de las principales esperanzas de sobrevivir a la muerte.

Dentro del mundo y la cultura occidental, la principal alternativa al pensamiento de Platón fue el de Aristóteles. Para este último no existe la inmortalidad del alma; es decir que en el momento en que el cuerpo muere, el alma deja de animarlo y se extingue.

Los estoicos retomaron gran parte del pensamiento aristotélico y muchos de los puntos que éste propuso pero no resolvió. La visión que Epicuro tiene de la vida y la muerte, y explica a partir de su teoría "atómica"; no disiente de gran parte del pensamiento científico moderno. Desde la perspectiva de Epicuro: *"La muerte es la inevitable, imprescindible dispersión de los átomos que por*

⁸ Cfr. CARSE. "Muerte y existencia".

azar se reunieron para constituir la vida. En su naturaleza misma, la vida es un fenómeno discontinuo. No existen leyes que determinen su aparición... ”⁹

Dentro de las religiones orientales, resultan de particular importancia -por su influencia histórica y vigencia en nuestra sociedad de algunas de sus creencias-, el hinduismo y el budismo. Para el primero la discontinuidad de la muerte se resuelve en la continuidad del ser. Para el hindú no existe oposición entre la vida y la muerte; ambas son ilusiones que han entrado en la existencia y oscurecen la Realidad. Es entonces mediante las sucesivas reencarnaciones que el Ser logra librarse de la vida y de la muerte y penetrar en la Realidad más profunda.

El budismo hinayana es una religión sin dios; no existe en él una emergencia de lo divino dentro de lo humano. Para los budistas la muerte es la fuerza que provoca que la realidad sea una ficción. Es por ello que el mundo es ficticio y no existe realidad alguna detrás de lo aparente: lo que vemos no existe en absoluto.

El judaísmo es otro de los grandes mojones históricos en lo que a nuestra temática se refiere. Para el judío la posibilidad de trascendencia no se encuentra fuera de la historia o retirándose de esta, sino que la salvación y trascendencia se dan en la historia. El judaísmo no se encuentra preocupado por el “después de la muerte”, salvo algunas elaboraciones rabínicas que, en la creencia de que Dios es justo, se refugiaron en la doctrina de la inmortalidad del alma o la resurrección.

Dentro del mapa que venimos trazando, es de particular importancia el tratamiento del cristianismo. En torno al tema de la muerte él representa uno de los más grandes epicentros intelectuales y de creencias que han caracterizado a la cultura occidental. La doctrina cristiana es una constante interpretación de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Es a partir de la resurrección de Jesucristo que los fieles esperan también resucitar.

“Así pues, para los cristianos, la muerte es una realidad histórica y natural, y no hay nada en la naturaleza o en la historia que pueda salvarnos de ella. Sólo el Autor de ambas puede salvarnos.

⁹ CARSE. *Muerte y existencia*, pág. 62.

*Nuestra salvación está en la historia, pero dado que nuestro Autor la trasciende, no somos salvados para la historia, sino contra ella.*¹⁰

Aunque la naturaleza de nuestra investigación no nos permite detallar más esta síntesis, vale la pena tener también en cuenta el aporte que han hecho a la reflexión sobre el fenómeno el pensamiento de Nietzsche y los filósofos existencialistas: Sartre, Kierkegaard y Heidegger. Este último hará de la muerte una de los temas centrales de su reflexión, al punto que afirma que somos seres-para-la-muerte; para este autor la muerte es la única potencia capaz de sellar la individualidad y asegurarla.

L3) MUERTE Y SOCIEDAD

Como ya se podrá apreciar, el tema que nos hemos planteado abordar es el fenómeno de la muerte humana. Dicho tema es de los más amplios (sino el más) y multidimensional en lo que a la existencia humana se refiere: de alguna manera el sentido de ésta queda comprometido con la realidad de la muerte. Abordar el tema desde un punto de vista de las ciencias sociales, implica necesariamente una delimitación del mismo.

La muerte humana, además de ser un fenómeno radicalmente personal e individual, es un acontecimiento sociocultural; los individuos mueren en el seno de una sociedad, por lo que ésta de una manera u otra debe encarar la muerte de sus miembros. Las sociedades siempre se vieron amenazadas por la muerte, pues la desaparición de sus integrantes hacía peligrar la supervivencia del grupo; es decir que la muerte de los individuos es una de las amenazas mayores a la integración social: *"Previo a toda elaboración mitológica y teológica, la muerte fue vista como un quebrantamiento del equilibrio social, por tanto como algo no natural."*¹¹

No es de despreciar por lo tanto, la influencia de la cultura y la sociedad sobre el fenómeno de la muerte. El hombre es el único animal que medita sobre el fenómeno de la muerte; sabe que va a

¹⁰ CARSE. *"Muerte y existencia"*, pág. 279.

¹¹ ROVVALETTI *"El sentido de la muerte propia"*, s/pág.

morir y experimenta la muerte de los demás, la pérdida del "Tú". Para Gabriel Marcel la muerte de un ser amado es en cierta medida una experiencia de muerte personal; esto es en la medida en que en esa muerte muere algo que era del sobreviviente: con la muerte del ser amado el sobreviviente se ve metafísicamente afectado en su ser.

Ferrater Mora retoma la idea de Gabriel Marcel y afirma que *"El respeto a la muerte, entendido como respeto a todo difunto, sea amigo o enemigo, familiar o extraño, es primariamente el respeto a esa peculiar nobleza que la vida cobra cuando ha sido rematada. Por eso el conocido respeto al cadáver es algo más que piedad, y algo más también que el temor suscitado por la presencia de lo desconocido: es el respeto a la misma vida que parece haber cumplido, quisiera o no, su terrenal destino."*¹²

La muerte es entonces la más visible de todas las rupturas. A nivel del grupo al cual pertenecía en vida el difunto, ella plantea cuestiones difíciles de resolver y compromete la sobrevivencia e integración del mismo. Tras de sí, la muerte deja el cadáver: símbolo de ausencia y anuncio de una pronta putrefacción.

Esta tensión que la muerte genera sobre la vida individual y social dará lugar (entre otras muchas manifestaciones) a distintas representaciones sociales y conductas: *"Las sociedades humanas no funcionan solamente a pesar de la muerte y contra la muerte, sino por, con y en la muerte."*¹³

El fenómeno de la muerte humana, considerado por algunas corrientes de pensamiento como el eje que articula toda la vida, no es un acontecimiento pura y exclusivamente individual, sino que involucra a muchos actores sociales, cuando no a toda la sociedad. La muerte humana tiene varias dimensiones, es decir que es un fenómeno individual pero culturalizado y socializado, de forma tal que gran parte de la sociedad entra en juego ante ella.

¹² FERRATER MORA. *"El ser y la muerte"*, págs 213-214.

¹³ VIDART. *"Para una antropología de la muerte"*, s/pág.

De alguna manera, cada época, cada clase social, cada grupo cultural, tiene una manera particular de plantearse el problema de la muerte y de asumirlo: *"Se muere como hombre, pero también se muere como rico o como pobre, como feliz o desdichado, como opresor o como oprimido en tanto que fragmento personal de una estratificación societaria concreta."*¹⁴

La muerte humana es entonces un fenómeno individual pero también social, en la medida que la muerte de los individuos pone en riesgo la existencia del grupo. Mediante la negación, el ocultamiento, el olvido o la creencia en algún tipo de sobrevivencia, las distintas culturas y sociedades se han enfrentado con la muerte intentando exorcizarla.

El modo como una sociedad o un grupo sociocultural se enfrenta a la muerte humana, se la representa, la medicaliza, la maneja y la integra o no a la propia vida del grupo; nos dice mucho acerca de él.

La cultura producida en torno al fenómeno de la muerte por nuestra sociedad montevideana, es el centro de la problemática planteada y su único interés: *"Hacer etnografía es una forma de probar y construir una teoría cultural independiente de la preocupación teórica que motiva a la investigación."*¹⁵ Intentaremos entonces tener como telón de fondo la cultura de nuestra sociedad montevideana ayer y hoy frente al fenómeno de la muerte.

Como ya hemos dicho, el tema en cuestión puede ser abordado desde distintas dimensiones y puntos de vista. En este caso nos planteamos estudiarlo en la perspectiva de la exterioridad subjetiva, es decir desde el cómo una sociedad o una cultura interpreta, trata y objetiva a la muerte.

1.4) LA MUERTE Y EL LENGUAJE

Al referirnos al tema de la muerte, no podemos pasar por alto el tema del lenguaje. El lenguaje

¹⁴ VIDART, *"Para una etnología de la muerte"*, s/pág.

¹⁵ FRAKE, *"La etnografía"*, s/p

hablado es el primero en transformarse ante el fenómeno de la muerte, y este hecho debemos tenerlo en cuenta durante el tratamiento del tema problematizado.

Existe toda una semántica y una lingüística en el discurso construido en torno a la muerte. Al hablar de la muerte, es decir lo que ella representa y el cómo se interpreta, se despliega toda una gama de eufemismos y metáforas para hablar de ella nombrándola lo menos posible y sin hacer referencia al cadáver —que es símbolo de ausencia y pronta putrefacción—.

Por ejemplo, el uso según los casos, de la palabra “cadáver” o “cuerpo”; la palabra cementerio que quiere decir “el lugar donde se duerme” y no el lugar donde el cuerpo se pudre. También el término necrópolis quiere decir ciudad de los muertos, lo cual de alguna manera nos estaría hablando de una supervivencia, etc.

*“Los acontecimientos de la vida se relatan, en general, en forma muy sencilla. Pero la muerte es una excepción y utilizamos siempre términos rebuscados y solemnes para enunciarla...”*¹⁶

La muerte, como un proceso más del ciclo vital del que el lenguaje intenta dar cuenta, también se encuentra sometida a distintos condicionamientos y procesos socioculturales. De hecho en Occidente la muerte ha sufrido distintos procesos de racionalización y laicización.

15) LA MUERTE Y LAS CULTURAS

El fenómeno de la muerte, sus representaciones y tratamiento de ésta y del cadáver, así como los ritos de fimebria y duelo que ésta deja tras de sí sólo logran un significado si se los enmarca dentro de la cultura que los genera, dentro del marco mental y afectivo en el que se realizan.

La palabra muerte, en tanto que signo lingüístico, simboliza realidades de índole muy diversa para distintas culturas, grupos, épocas y otras variables. Esta variación del vocablo “muerte”, en lo que a las significaciones adquiridas se refiere, podría llevar a preguntarnos si la misma palabra se refiere en todos los casos al mismo fenómeno.

Desde un punto de vista estrictamente fisiológico podemos decir que la palabra "muerte" apunta al mismo fenómeno; pero desde el momento en que distinguimos al hombre del resto de los organismos superiores, al menos en el sentido en que éste va haciendo su vida e imprimiéndole sentido a sus actos (generando cultura), el fenómeno de la muerte involucrará un gran número de dimensiones distintas de la biológica. La vivencia y representaciones de la muerte, el duelo y los ritos fúnebres a cargo de los sobrevivientes, no son otra cosa que actitudes simbólicas mediante las cuales los sobrevivientes expresan -al menos en parte- la significación que la muerte tiene para ellos: ya sea un sentido meta-histórico, un sentido histórico o un no-sentido radical.

La búsqueda de sentido frente a la muerte y la lucha por exorcizarla, ha sido uno de los grandes problemas-misterio de los que han intentado dar cuenta todas las culturas; es decir: distintas formas de exorcizar la muerte, distintas creencias sobre la muerte y la sobrevivencia a ésta y distinto tipo de tratamientos otorgados al cadáver.

L6) FORMAS DE ENCARAR LA MUERTE EN OCCIDENTE

Debido a este carácter social, cultural e histórico de la muerte, Philip Ariés¹⁶ ha diferenciado cuatro maneras de encarar la muerte en la historia de occidente luego de la caída de Roma:

- 1- La primera etapa se consolida en la primera Edad Media, y es llamada por el autor "muerte domesticada". Se muere sabiendo que se va a morir y aceptando la muerte. Existe un ritual de la muerte, público, pero sencillo y doméstico; es decir que se muere en presencia de la familia y los amigos. El hombre entonces acepta la muerte como una de las grandes leyes de la naturaleza y por lo tanto no piensa ni en evitarla ni en exaltarla.
- 2- A partir de los siglos XI y XII, se introduce la individualización en el morir. La generalización de las doctrinas del "juicio", dan a la muerte un aspecto de prueba final y dramática.

¹⁶ THOMAS, "El cadáver", pág. 79

¹⁷ cfr. VICENTE. "Sobre la muerte y el morir", págs. 113-143.

- 3- A partir del siglo XVIII se comienza a considerar la muerte desde la óptica del Otro, es decir que se exalta la muerte ajena; la muerte romántica y retórica, la muerte del prójimo. Por ello comienzan a aparecer más cultos en tumbas y cementerios y surge así lo mórbido.
- 4- En el siglo XX, se produce algo totalmente nuevo, la muerte se convierte en algo prohibido: *“el ocultamiento de la muerte se presenta incluso como un deber moral porque se ha de preservar la felicidad.”* *“Parece que la muerte ha perdido todo su carácter personal. Se muere en serie. El morir se ha convertido en algo profundamente estúpido y trivial.”*

Para Toynbee¹⁸ las actitudes adoptadas frente a la muerte por las sociedades occidentales han ido variando en los últimos trescientos años, principalmente debido a un proceso histórico: la progresiva recesión de las creencias cristianas.

Por otra parte el avance voraz y devastador de la ciencia y sus descubrimientos, aumentó el descreimiento, desencantó el mundo, poniendo en entredicho la posibilidad de la inmortalidad personal: *“La ciencia, aplicada con sensacional éxito a la tecnología ha sustituido la conquista física de la naturaleza por la conquista espiritual de uno mismo, convirtiéndose en el más importante de los objetivos e ideales del hombre occidental.”* (...) *“Confrontado con la muerte sin tener creencias, el hombre moderno ha estado deliberadamente cortando sus alas espirituales.”*¹⁹

ID) LA MUERTE EN EL MONTEVIDEO DEL SIGLO PASADO

Centrarnos en la sociedad montevideana de ayer y de hoy, puede resultar provechoso a la hora de entender más cabalmente algunos conceptos e intentar “hacer sociología”.

En primera instancia, para luego apreciar las diferencias con el Montevideo de hoy, ensamblaremos el telón de fondo del Montevideo del siglo pasado. Para componer este cuadro, las investigaciones realizadas por Barrán parecen ser las más útiles para alcanzar los objetivos trazados.

¹⁸ Cfr. TOYNBEE. *“El hombre frente a la muerte”*, págs. 164-175.

¹⁹ TOYNBEE. *“El hombre frente a la muerte”*, págs. 174-175.

Más en concreto, nos centraremos en el período que el autor ha llamado de la sensibilidad “bárbara” (1800-1860) y que nosotros llamaremos paleocriolla, y en parte de la transición hacia lo que él ha llamado la sensibilidad “civilizada” (hasta fines del siglo XIX) y que nosotros llamaremos moderna – no en el sentido de mejor, sino de aumento de la burocratización, control social y “desencantamiento” de la realidad. Aclaremos también que nos centramos en los fenómenos más colectivos (en lo que al tratamiento de la muerte se refiere) y no en casos aislados o actitudes personales que radicalizaron al extremo la vivencia de esta cultura. No analizaremos el proceso de transición, de cambio de sensibilidades o de actitudes ante la muerte por parte de los montevideanos; sólo haremos referencia al siglo pasado y algunos elementos que consideramos centrales en este, a la hora de comprender o dar cuenta de las actitudes o sensibilidad de hoy. Por lo tanto el siglo XIX es utilizado a modo de telón de fondo, para percibir el contraste con la sensibilidad y actitudes del Montevideo de hoy ante el mismo fenómeno.

II.1) ACEPTACION E INTEGRACIÓN DE LA MUERTE A LA COTIDIANIDAD

Para centrarnos en la temática de la muerte en el siglo pasado, no debemos descuidar el peso que en esta sociedad tenía la religión católica y la Iglesia Católica, como institución social con roles determinados.

Para esta cultura las diferencias de la muerte con la vida no eran esenciales: todos creían en el más allá y en la comunicación del mundo de los muertos con el mundo de los vivos. La muerte era una etapa más de la vida y esta sociedad en lugar de ocultarla, la exhibió.

Posiblemente hayan sido dos los elementos que determinaron la aceptación de la muerte en la cotidianidad: las creencias católicas (vida después de la muerte) y los datos demográficos de la época (elevadas tasas de mortalidad).

II.1.a) LENGUAJE

Ante la presencia o inminencia de la muerte, el lenguaje no es transformado ni rebuscado. No hay recursos lingüísticos ni dobles sentidos al hablar de la muerte; se la nombra con toda claridad y sin lugar a interpretaciones. La utilización de este tipo del lenguaje conducía al moribundo a una agonía consciente de sí misma.

Dentro de la utilización del lenguaje, podemos colocar los avisos fúnebres que aparecían en las publicaciones de la época. Al parecer estos avisos no se diferenciaban de los demás, confundiéndose con el resto de los avisos comerciales. En el lenguaje cotidiano, la palabra "cadáver" ocupaba muchos más lugares que los eufemismos de "restos", "mortales despojos", etc.

*"Las expresiones habituales del habla cotidiana, los lugares comunes del lenguaje profano, se aplicaron al discurso sobre la muerte."*²⁰

II.1.b) RITUAL

En la socialización de la muerte que se daba en esta época, el ritual católico del viático (extremaunción) era uno de los intentos de exorcizar la muerte, y de alguna manera hacer participar a toda la comunidad de la muerte-soledad del individuo.

Otro de los rituales sociales importantes que debemos tener en cuenta, es el de hacer el testamento. Hacer el testamento antes de morir, y mejor aún estando en salud, era casi una exigencia. Por un lado éste podía ser aviso de una próxima muerte, y por otro era una forma de autotranscenderse —que puede ser interpretado como una forma de negación o exorcización de la muerte— y ordenar el propio más allá (al menos en esta tierra).

Estos dos rituales (viático y testamento), eran los que comunicaban al enfermo y a su entorno la proximidad de la muerte.

²⁰ BARRÁN, "Historia de la sensibilidad en el Uruguay", tomo I, pág. 191.

A la hora de una muerte anunciada, se valoraba y buscaba el morir en el entorno cotidiano: en la casa donde se había vivido y rodeado de los familiares y seres queridos. Lo ideal y buscado de la muerte era la muerte en familia; es más, no se debía morir solo: "...entre 1881 y 1895, del 83 al 86% de los montevideanos fallecía en su casa y sólo del 14 al 17% en "Hospitales, asilos y policia" ".²¹

Dentro de esta cultura, la agonía y el posterior funeral eran totalmente socializados. Las ceremonias de la muerte (generalmente velorios) de la época, llegaron a ser auténticas fiestas populares en las que de alguna manera intervenían todas las características de lo lúdico, -uno de los rasgos predominantes de esta sociedad-.

Al hablar de la fiesta y lo lúdico, un lugar especial ocupan los velorios de niños que fueron llamados "velorios de angelitos". En éstos, muerte, fiesta y juego se mezclaron de una manera significativa y armónica.

Dentro de este ritual de la muerte exhibida, presenciada y acompañada, es donde podremos también apreciar sobre fines del siglo uno de los primeros signos del cambio de sensibilidad respecto a la muerte: los niños irán siendo retirados del entorno de ésta.

II.2) MEDICALIZACIÓN Y CONTROL PÚBLICO-BUROCRÁTICO

En el Montevideo (ciudad donde abundaban los médicos) de 1876, el 41% de los fallecidos no tenía certificado médico de defunción.²² A raíz de este dato (que preocupó a varios galenos) es que hacia fines del siglo XIX podemos ubicar el comienzo tenaz de los médicos por el monopolio del saber-poder sobre la vida y la muerte.

Es también en esta época que se comienza a dar el control sobre el cadáver, desde lo público-burocrático: en 1861 se prohíben las misas de cuerpo presente en Montevideo.²³

²¹ BARRÁN, "Historia de la sensibilidad en el Uruguay", tomo 1, pág. 177.

²²

En 1886, en función de que el 2 de noviembre (día de los difuntos) los cementerios eran auténticas romerías y una gran fiesta, la Dirección de Cementerios de Montevideo prohibió la colocación de carpas en la fecha frente a los cementerios. Con esta medida se buscaba que éstos no pareciesen un circo o una plaza de toros; similitud que para la nueva sensibilidad que iba ganando terreno, los hacía indignos.²⁴

III.3) LA MODERNIDAD, EL CUERPO Y LA SALUD

Con el advenimiento de la modernidad y la aceptación cada vez mayor de sus rasgos distintivos por los montevideanos, el cuerpo y la salud fueron entronizados y elevados a la categoría de valores sociales colectivamente aprobados y defendidos.

El cambio de sensibilidad por el cual llegamos al Montevideo de hoy, está surcado por los rasgos modernos en la manera de concebir el mundo y la vida. Con la modernidad se produce un fuerte proceso de racionalización, una fragmentación de la razón –con la consiguiente generación de distintas “esferas de valor”-, y una relativización y descentramiento. Tal vez este sea el punto más importante a la hora de comprender las actitudes y sensibilidades del hoy. La religión deja de ser el productor principal de las relaciones sociales, su lugar ahora lo ocupará la economía. Este cambio de visión del mundo implica que crece el número de explicaciones de los fenómenos y por lo tanto se produce una relativización del conocimiento: los fenómenos y las cosas.

Pero a nuestro entender, es el diagnóstico de nietzscheano de la “muerte de Dios”, -que Buber rebajó a *gottesfinsternis*, o sea, “eclipse de Dios”-, el elemento que más explica y ayuda a comprender la actitud ante la muerte del Montevideo de hoy: la muerte o el eclipse de Dios conlleva aceptar sin lamentos la pérdida de valores, de sentido y de fundamento de la realidad. Después de la “muerte de Dios” no existe ningún fundamento fijo, no hay caminos que nos lleven a una realidad, a un fin. En palabras de Váttimo, es por ello que sólo nos queda un “vagabundeo incierto”.

²⁴ cfr. BARRÁN, “Historia de la sensibilidad en el Uruguay”, tomo 1, pág. 198.

La "muerte, el eclipse o la ausencia de Dios" y la adopción del cuerpo como único valor, en la actual cultura de Occidente, de la que somos tributarios, necesariamente exigirán el ocultamiento del cadáver: signo inequívoco de la muerte y de la destrucción absoluta del cuerpo.

El culto al cuerpo, y por lo tanto a la salud como valor absoluto, derivó en la creciente medicalización de la sociedad. Al decir de Barrán, "*La entronización de la salud como Bien significó dar muerte a Dios y dar vida al cuerpo.*"²⁵ De alguna manera este hecho fue el punto final del proceso de secularización de la cultura uruguaya.

La obsesión por el cuidado del cuerpo que la modernidad trajo consigo, posibilitó un avance del poder médico sobre la sociedad. El saber médico se infiltró en otros saberes y poderes y en muchos casos logró dominarlos.

La muerte, que como vimos antes formaba parte de un rito social, se volvió insoportable: ella daba por tierra con los nuevos valores, al ser la destrucción absoluta del cuerpo; y después de la crisis polisémica de Dios, por qué no del ser. Lo único que le quedó a la sociedad moderna fue transformar la vivencia de la muerte y su profunda e individual angustia, en ciencia: de esta forma la aprehendería como saber y así podría negarla.

En conclusión: "*A partir de 1900 la sociedad uruguaya convirtió a la salud en valor supremo. De él derivó un poder opaco pero absoluto, el del médico, y un sometimiento inconfesado pero total, el del paciente.*"²⁶

El saber médico emprendió entonces a partir de 1900, una gigantesca empresa para exorcizar, negar, clasificar o explicar el drama angustioso —y sin sentido— del dolor y la muerte.

La esencia del saber médico del '900, sigue siendo a nuestro entender la misma de hoy: la lucha frontal contra la muerte, en la esperanza de lograr derrotarla mediante los avances médico-científicos.

²⁵ BARRÁN, "Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos", -1- "El poder de curar", pág. 11.

²⁶ BARRÁN, "Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos", -1- "El poder de curar", pág. 238.

La cruzada contra la muerte iniciada en el '900 y extendida hasta el hoy, "anuló la realidad de la muerte al sustituir la reflexión sobre ella por la búsqueda del diagnóstico y el tratamiento..."²⁷

La muerte dejó de ser un objeto de reflexión y pasó a ser investigada por razones científicas, de esta manera ella fue desacralizada y desdramatizada.

Cabe preguntarse si esta medicalización y cambio de perspectiva en la visión sobre la muerte, con la respectiva descalificación y negación de otras perspectivas, no constituye una manera de control social y de ir generando un único discurso respecto a la realidad que, como tantos otros, su desembocadura final es una suerte de cognicentrismo que impide pensar y reflexionar libre y anárquicamente (en el sentido más profundo de la palabra).

III) EL DESTIERRO DE LA MUERTE

Hasta el momento hemos hecho algunas puntualizaciones sobre el tema de la muerte, y luego esbozamos las características de la muerte y su entorno en la cultura paleocriolla: cultura en la cual la muerte era aceptada, domesticada e integrada dentro del mundo de los vivos.

De aquí en más utilizaremos como telón de fondo la sociedad montevideana de hoy, para intentar desarrollar y ejemplificar nuestra idea central: la fuerte exclusión de la muerte del mundo de los vivos, y el ocultamiento creativo de ella por parte del sistema social en una suerte de pacto implícito.

De más está decir que globalización (y depredación) económica y cultural mediante, la negación y diabolización de la muerte, ha de ser coextensiva al menos a la inmensa mayoría de las sociedades occidentales actuales.

En síntesis intentaremos dar cuenta de cómo y de qué formas la muerte ha dejado de ser parte de la vida.

²⁷ BARRÁN, "Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos", -3- "La invención del cuerpo", pág. 291.

III.1) LA MUERTE Y LA CULTURA ACTUAL

Al mirar la sociedad montevideana desde el ángulo de la cultura, se puede llegar al diagnóstico de que nos encontramos frente a una determinada facies de la cultura occidental y cristiana. En Montevideo la cultura dominante, a la que estamos haciendo referencia, asienta sus bases en el racionalismo cartesiano (fundamento del pensamiento científico moderno), y el cristianismo (sea para negarlo, afirmarlo, o sincretizarlo con otras creencias). Dentro de la cultura dominante (con sus respectivos matices) que nos incumbe, se pueden distinguir también grupos subculturales que, dentro del marco general de la cultura dominante y sin negarla de forma radical, generan variantes culturales con matices propios del grupo.

Dentro de la sociedad montevideana uno de estos grupos subculturales es el de la subcultura de la pobreza. En éstos la muerte no parece ser excluida de forma tan radical como en la cultura dominante (en la cual parecemos prepararnos para la inmortalidad en este mundo), sino que parece integrarse y articularse de forma más armónica con el ciclo de la vida. En parte esta no-negación de la muerte se debe a la no-muerte de Dios: el grupo subcultural al que estamos haciendo referencia vive inmerso en un mundo "encantado", en interacción con el mundo de los muertos, lleno de espíritus y realidades meta-empíricas, fruto sincrético del cristianismo, religiones africanas y creencias paleocriollas.

Por otra parte, dentro de la subcultura de la pobreza, el grupo convive con una muerte en la mayoría de los casos más desnuda y descubierta que en el resto de la sociedad. Nos referimos entonces a la propia pobreza, a las muertes prematuras, a las muertes infantiles, a la falta de asistencia médica, a la represión policial y a otros factores que contribuyen a presentar la muerte sin ningún tipo de recursos metafóricos, lingüísticos o velo encubridor.

Dentro de la cultura dominante el fenómeno cultural de exclusión de la muerte se debe también a la variación de los datos demográficos, a diferencia de lo que Barrán pinta que pasaba en la

sociedad y cultura del siglo pasado; con el siglo XX han aumentado las expectativas de vida al nacer, así como ha disminuido abruptamente la mortalidad infantil.

Como analizaremos más adelante, estamos inmersos en una cultura en la cual la muerte parece no existir. Por lo tanto, más allá de la crisis de Dios, la ausencia de la muerte en el horizonte de la vida afecta y determina también este sin sentido de la existencia y sobrevaloración del cuerpo – dimensión predominantemente biológica y somática del individuo- como realidad principal de la persona. Al parecer podríamos pensar que, al no existir la muerte la vida también se ve vacía de sentido; pues en una existencia sin muerte *“La vida resultaría, pues prácticamente irreversible y, por ello, nula de sentido –justamente porque podría tener todos los sentidos que quisiese-”*.²⁸

Al hablar de la muerte y la cultura es inevitable e imprescindible arribar al terreno y el mundo teológico de la religión.

III.2) LA MUERTE Y EL MUNDO RELIGIOSO DE HOY

Por lo general al hablar de muerte humana dentro del universo de significaciones religiosas, se hace referencia a las posibilidades o creencia en la supervivencia de “algo” o de alguna dimensión de lo que en vida fuera la persona. Es por esto que uno de los factores determinantes de los ritos fúnebres, el duelo y las actitudes ante la muerte –sea del moribundo, sea de los sobrevivientes- es la religión. Como veremos más adelante, otro de los factores con que nuestra sociedad moldea los rituales e imprime actitudes en los sobrevivientes, es el control social ejercido bajo formas higienistas médico-sanitarias.

Uno de los elementos centrales de cada religión es la forma en que éstas encaran la relación vida-muerte y la relación de la divinidad con la muerte. Dentro de la historia de las religiones y el credo de éstas, Toynbee constata que de entre todos los dioses, los que han sido adorados más ardientemente por los hombres son aquellos de quienes se ha creído que han muerto y resucitado

(Jesucristo, Osiris, etc.)²⁹. Puede pensarse, por lo tanto, que el hombre tiende a confiar y esperar más de aquellos seres superiores que han pasado por la muerte personal –sufrimiento, angustia, dolor- y además han logrado vencerla, en la mayoría de los casos no sólo para ellos sino para su comunidad de seguidores. Tal vez por ser el sufrimiento y el dolor uno de los grandes sin-sentido de la vida, -que otorgan, no obstante, sentido humano a la misma- los hombres no confían tanto en los dioses que no lo han conocido y sí en aquellos que han padecido el dolor y la muerte personal.

Mirar la realidad actual en el intento de desentrañar el mundo religioso, nos coloca frente a una suerte de gran sincretismo que algunos han convenido en llamar *new age*. Las vertientes religiosas que más determinan actualmente algunas actitudes ante la muerte son tres: el cristianismo, las religiones orientales (principalmente budismo e hinduismo) y religiones que en el origen –y solo en el origen- son africanas; tampoco podemos olvidar la presencia del espiritismo.

Dentro de estas tres principales vertientes, resulta interesante un elemento propio del hinduismo que ha permeado en parte a muchos sectores sociales: nos referimos a la creencia en la reencarnación. Esta creencia propia de la India, y nacida para justificar las grandes desigualdades sociales existentes en esta sociedad, ha logrado penetrar en otros sistemas de creencias y armonizarse con estos; algunos sin lugar a duda esencialmente contradictorios con la creencia en la reencarnación como el cristianismo.

Por otra parte el dualismo platónico de cuerpo y alma, ha perdurado hasta nuestros días. Éste, a partir de su doctrina de la inmortalidad del alma, sigue siendo una de las mayores esperanzas (aún dentro de religiones que en su origen colisionan con el platonismo, como el cristianismo) que existe en nuestra sociedad de sobrevivir a la muerte. Por lo general las creencias en una sobrevivencia a la muerte encuentran fundamento en la idea de que la muerte consiste tan solo en el abandono del cuerpo por parte del alma.

²⁸ FERRATER MORA, "El ser y la muerte", pág. 194.

²⁹ Cfr. TOYNBEE y otros, "El hombre frente a la muerte", pág. 87.

Pero más allá de que se manifieste predominantemente en el ámbito privado, las creencias en algún tipo de sobrevivencia a la muerte se encuentran con mayor o menor intensidad en todos los estratos sociales. El discurso público de la cultura dominante intenta apearse al de la racionalidad de la ciencia moderna, racionalidad que de hecho no ha avanzado mucho respecto a las creencias de Epicuro y la teoría "atómica" que la fundamenta.

Cabe señalar que este licuado religioso de fin de siglo llamado *new age*, no es tan neutro – ideológicamente hablando- ni tan ingenuo y armónico como se presenta (en libros, arte, etc.). La corriente *new age* retira el sello único y definitivo que la muerte tiene sobre la personalidad y la individualidad. La muerte por tanto no sella la vida definitivamente limitándola en la elección del sentido. La muerte puede ser transitada en diversas vidas, con diversas individualidades y por ello con distintos sentidos. A nuestro entender la persona y su individualidad no es tomada en serio por estas sincréticas "novedades": si la muerte no imprime un sello a la individualidad, si puedo realizarme en todos los sentidos posibles en diversas vidas, si el final de este perverso devenir que no toma en serio al individuo es la fusión –disolución- de éste con el "Todo"; la vida en esta realidad concreta, en estas coordenadas espacio-temporales que vive el individuo, se transforma en trivial, momentánea y transitoria.

No es difícil entrever entonces como detrás de una supuesta nueva religión que gana adeptos, existe una visión de la vida y la muerte que es ideológica. En la medida que ella encubre la realidad y soluciona problemas en otras coordenadas espacio-temporales o en universos meta-empíricos.

III.3) LA EXCLUSIÓN DE LA MUERTE DEL MUNDO DE LOS VIVOS

De una manera u otra, todas las culturas intentan algún tipo de negación del cadáver (que no es exactamente lo mismo que la muerte), a fin de superar el horror que produce su pronta putrefacción; signo de lo que a todos los integrantes del grupo les espera.

En los últimos tiempos y en la actualidad, toda la organización social que gira y funciona en torno a la muerte ha tenido grandes y cualitativos cambios. Como ya hemos hecho referencia, antes el hombre y la sociedad vivían más cercanos a la muerte, convivían con ella y ésta a su vez era parte de la cotidianidad del grupo. Hoy en día –al menos en la cultura dominante- ya no es así, por diversas razones que intentaremos analizar y de diversas maneras con las que ilustraremos el análisis. La muerte es la gran ausente-excluida de la cotidianidad y la vida de la sociedad: *“En la vida real la muerte parece no existir ni se piensa en ella”*.³⁰

En nuestra sociedad existe una importante y notoria exclusión de la muerte del ámbito de la cotidianidad. Este hecho es apreciable tanto en los discursos que a ella se refieren, en el tratamiento que se les da, como en los lugares materiales-espaciales hacia los que es trasladada: salas de CTI, salas velatorias (es decir la ya casi inexistencia del velorio doméstico), cementerios fuera de la ciudad, etc.

Uno de las últimas y más creativas maneras de ocultar y negar la muerte, es la representación de una suerte de vuelta a la naturaleza post-muerte. Los nuevos cementerios privados –a los cuales sólo pueden acceder determinados sectores sociales-; promueven y utilizan esa comunión con la tierra y la naturaleza (ideal estético de la new age) a modo de leit motiv propagandístico.

Dentro de esta temática, las representaciones sociales desempeñan un papel nada despreciable. Ellas son constitutivas del sistema cultural y por tanto de la estructura simbólica de éste. Desde esta estructura simbólica y construcción del “nosotros”, cada cultura dará respuesta a distintos acontecimientos de la vida humana, y de manera central a la muerte.

El intento de respuesta al fenómeno de la muerte, la negación-apropiación del cadáver por parte del imaginario social, es el eje organizador de las distintas representaciones sociales en torno al tema: *“La intrusión de lo imaginario, en el morir termina en una apropiación del cadáver, ya sea a*

³⁰ VIDART, *“Para una etnología de la muerte”*, s/pág.

nivel inconsciente, como respuesta a nuestras impulsiones profundas, o bien bajo la forma de racionalizaciones fuera del tiempo."³¹

La muerte y la presencia del cadáver, además de generar distintas representaciones sociales, genera distintas y variadas maneras de ocultarla o negarla: *"Horrible o fascinante, la putrefacción justifica todos los ritos funerarios. Es por eso que (...) se hace todo lo posible por domesticarla (...), ocultarla, (...)."*³²

En definitiva: *"Los pobladores de las ciudades del milenio que finaliza queremos olvidarnos de la muerte."*³³

La muerte es uno de los grandes temas prohibidos de nuestra sociedad contemporánea, por una suerte de acuerdo implícito colectivo. La época de las muchas "liberaciones" y del no-tabú, coincide paradójicamente con la existencia de un gran y prohibido tabú: la muerte.

*"La muerte parece ser uno de los grandes tabúes del siglo XX, la realidad que más que cualquier otra se arrincona en la vida social."*³⁴

Nuestra sociedad sigue siendo fiel a la inhumación. El cementerio es el lugar de la descomposición de los cuerpos; de ahí el intento de aislarlo con el pretexto de la higiene; cuando de última es el no-sentido de la muerte lo que se quiere aislar del mundo de los vivos. Dentro de esta técnica que intenta aislar y excluir la muerte, la organización de los cementerios desempeña un papel nada despreciable: hacer que éstos parezcan ciudades, -con calles, árboles y tumbas alineadas como casas o grandes jardines-, no es otra cosa que un intento de sobrevivencia a la muerte o negación de la realidad de ésta.

El cementerio representa en este contexto el disciplinamiento de la muerte, con dos principios básicos: organización y localización. Se individualizan las sepulturas, se marcan visiblemente las diferencias sociales, tal vez como forma de negar la igualación que la muerte hace de todos los

³¹ THOMAS, *"El cadáver"*, pág. 120.

³² THOMAS, *"El cadáver"*, pág. 137.

hombres (ricos y pobres, desconocidos y famosos); y existe una transformación en las razones del culto a los muertos: de lo teológico-religioso hacia lo político-sanitario.

III.4) BUROCRATIZACIÓN Y CONTROL SOCIAL SOBRE EL DUELO Y LA FUNEBRIA.

Creemos que esta notoria exclusión de la muerte del mundo de los vivos, está también relacionada con el fuerte control social que se ejerce sobre el muerto (el cuerpo del difunto); hecho que nuestra sociedad, no tan atrás en el tiempo, desconocía.

Los controles público-burocráticos de fines del siglo XIX, a los que ya hicimos referencia, alcanzan dimensiones asombrosas en nuestra sociedad de fin de siglo. Cabe resaltar que la burocratización del fenómeno es un hecho explícito, pero no resulta tan claro algunas veces el control social sobre el fenómeno; este último pertenece muchas veces al orden de lo implícito, es decir que se hace o se deja de hacer lo que se estila: hay cosas que se hacen porque el grupo social presiona para ello, y hay otras cosas que no se hacen porque el grupo presiona para que no se hagan. Al parecer entonces, la regulación y control sobre el fenómeno de la muerte, desempeña un papel para nada despreciable a la hora de mantener la integración social y el *statu quo*.

Disfrazado de distintas formas burocráticas y jurídicas, así como normas de higiene, aparece muchas veces el profundo miedo al cadáver y la amenaza que este podría llegar a representar para la integración social.

Podemos decir que la sociedad occidental, y nuestra sociedad por lo tanto, sólo acepta la muerte con la condición de volverla aséptica. Bajo recomendaciones higiénico-médicas se produce una "higienización" de la tanatopraxis, que no es otra cosa que el intento de desplazarla y excluirla del seno de la sociedad, del mundo de los vivos. Los medios de comunicación se esfuerzan al máximo y de las formas más creativas, por presentar una muerte limpia, incolora y silenciosa.

³³ VIDART, "Para una etnología de la muerte", s/pág.

³⁴ GEVAERT, "El problema del hombre", pág. 297.

Cuando hablamos de esta muerte aséptica, incolora y limpia –realidad antitética con lo que la muerte en si es: destrucción, descomposición, etc.-; es necesario aludir los lugares espacio-temporales hacia los que la muerte va siendo desplazada. Nos referimos a las casas de salud para ancianos, en las cuales estos son retirados de la convivencia con la sociedad y el grupo familiar: ¿acaso estas “residencias para la tercera edad” no son también la antesala de la muerte, un lugar donde la sociedad confina a sus miembros improductivos y próximos a la muerte –que por tanto se la recuerdan y no permiten el olvido-? Otro de los lugares de confinamiento de la muerte son los sanatorios, hospitales y salas de CTI; en estos (salvo situaciones en la nunca bien ponderada Salud Pública), el ideal de una muerte silenciosa (son los lugares del no-ruido, del silencio, del hablar bajo), incolora (¿qué colores, y estímulo a la retina existe en un centro de salud?) y limpia (el único estímulo olfativo permitido en una sala de CTI es el de los desinfectantes), alcanzan niveles caricaturescos.

Un apartado especial requeriría también el surgimiento cada vez mayor de nuevas y más sofisticadas salas velatorias, que no son otra cosa que lugares hacia los que el cadáver es trasladado antes de su inhumación y cuya arquitectura está pensada de forma funcional para los sobrevivientes; en sí muchas de estas salas (salvo las que la Intendencia destina a “los pobres”) imitan y parodian una casa: aunque más limpia, más sobria, más gris y más fría.

Como veremos más adelante los cementerios y los nuevos cementerios privados, son también una forma (creativa de por cierto) de disfrazar y ocultar la muerte.

Sin duda la muerte aséptica es fruto de una sociedad y un sistema que intenta neutralizar el fenómeno de la muerte, y que a su vez de distintas formas le tiene miedo al cuerpo y sus olores.³⁵ No es de despreciar el miedo que nuestra sociedad (o al menos la cultura dominante en esta) le tiene al cuerpo en cuanto tal. La pregonada vuelta a lo natural, nada tiene que ver con una sociedad que reniega de sus olores: el cuerpo es aceptado a condición de que ningún aroma recuerde a nadie nuestra “animalidad”; para justificar lo dicho solo basta ver la importancia que en nuestra sociedad

tienen –en lo que al **marketing** y consumo se refiere-, una interminable lista de productos (químicos en su mayoría) destinados a erradicar cualquier olor que nos pueda recordar nuestra condición corporal: perfumes, desodorantes corporales de todo tipo, desodorantes de ambientes, desodorantes bucales, golosinas para perfumar el aliento, desodorantes íntimos, etc.

Otro gran grupo de modernos inventos para combatir el miedo que tenemos al cuerpo, sus ciclos y su realidad biológica; son las nuevas terapias técnico-médicas que intentan erradicar del cuerpo los signos del avance de la muerte: arrugas, manchas de la piel, flaccidez, caída del cabello, etc. Retirando de nuestros cuerpos –mediante dietas, operaciones, fangoterapias, liposucciones, magnetoterapias y otros inventos- los signos de una realidad, pretendemos olvidarnos de ella y negar en apariencia nuestra mortal condición: se puede tener 80 años y el cuerpo de una mujer de 30 o cuarenta años, pero igual se muere

Desde el momento en que el individuo se enfrenta a la muerte (enfermedad grave, agonía, etc.), éste, sus familiares y amigos más cercanos pierden el control y el poder sobre su cuerpo y sobre las distintas ubicaciones espacio-temporales que de ahí en más el mismo ocupará: indefectiblemente el enfermo grave es retirado (arrancado) de su entorno cotidiano y familiar para ser entregado a una burocracia fría e impersonal, más específicamente hablando, el poder de decisión perdido por el moribundo y los miembros de su mundo afectivo, es arrebatado –legalmente pero ilegítimamente-, por la “thanatocracia”.

Los distintos mecanismos de control social y/o autoridades sociales, controlan y deciden el dónde se muere, el cómo se muere y el que se hace con el cuerpo del muerto: dónde se entierra, cómo se entierra, y cuándo se entierra. La pérdida de poder de los familiares sobre el pariente difunto, es casi absoluta. Podríamos decir que nos encontramos ante un fenómeno de tecnificación y burocratización del acontecimiento de la muerte humana, así como ante una expropiación del ejercicio de la libertad y la voluntad: *“Este agonizante hijo de la civilización industrial no puede*

³⁵ cfr. THOMAS, *“Antropología de la muerte”*, págs. 404-405.

tramitar moralmente su muerte: se la tramitan científicamente desde el sistema como asunto patológico y no teleológico.”³⁶

No hace muchos años el hombre era dueño de su propia muerte. Actualmente existen un sin número de controles sociales y burocráticos por los cuáles al moribundo –y a su entorno familiar-afectivo- se lo des-apropia de su muerte (personal, individual, única e irrepetible). En todos estos procesos burocráticos y de control social, no es de despreciar el papel de contralor ejercido por la figura del médico. Los médicos han contribuido a ocultar y expulsar la muerte del ciclo de la vida, al enfrentarse a ella como una enfermedad más que resolver: “... *la función del médico ha enmascarado la misma (la muerte). La muerte hospitalaria actual es una forma de ocultar y aislar a la persona moribunda.*”³⁷

Dentro del afán de omnisciencia y omnipotencia del saber médico, se desarrolla muchas veces una lucha sin límites para mantener con vida al moribundo, aún en contra de su propia voluntad. El arrogante saber médico pretende hacer, y lo está haciendo, una suerte de medicalización generalizada de la existencia humana; nos referimos a la colonización por el saber médico de los más variados espacios: estético (la mayoría del campo estético está hoy vinculado y legitimado por el saber médico), familiar, sexual, moral y psicológico (existen razones para pensar que la diabolización de la droga es también una forma de controlar no solo el cuerpo de los profanos, sino también controlar sus estados de ánimo).

Consideramos que esta colonización y control del saber médico sobre distintas dimensiones de la vida (entre ellas la muerte), es absolutamente poco deseable pues el mismo desresponsabiliza al individuo y lo va empobreciendo en sus actividades.

Por otra parte el control de la sociedad sobre el fenómeno de la muerte, y la colonización del fenómeno por parte del sistema jurídico-burocrático es total. El control del que hablamos es tal, que

³⁶ VIDART, “Para una antropología de la muerte” s/pág.

³⁷ RUBIO, “La muerte como proceso psicológico”.

se llega también a la codificación jurídica de un acontecimiento que forma parte del ciclo de la vida (la muerte); así como se requiere siempre la presencia de un médico que certifique la muerte y diga que "es". Por más ridículo que parezca, y soberbio para el arrogante saber médico, en nuestra sociedad no se puede aceptar con certeza la muerte de uno de sus miembros hasta que un médico pronuncie su erudita sentencia.

*"Si bien el derecho protege al cadáver de acuerdo con nuestras impulsiones más profundas, lo hace precisamente para proteger a los sobrevivientes de una angustia que, al comprometer su equilibrio, pondría en peligro al orden social."*³⁸

Tal vez, más que el respeto a la muerte y al difunto (respeto de acuerdo a qué o quién), la codificación y control de la muerte persiguen en primera instancia tan solo el mantenimiento del orden y la integración social, del statu quo. El control que esta "jaula de hierro" de la burocracia en la que nos encontramos inmersos ejerce sobre el individuo, alcanza cada vez más rincones de la persona: "la jaula de hierro" se cierne con todo su aparataje burocrático sobre el cadáver, pero también los sobrevivientes se encuentran atrapados por ella, siendo a su vez blancos indefensos de un panóptico que todo lo ve (actitudes, intimidad, rituales), observa y decide.

III.5) MODERNIDAD: EL CUERPO COMO ÚNICO VALOR

A partir de la modernidad, el cuerpo se convierte en el único valor. Desde esta perspectiva no tiene sentido morir, y por lo tanto de todas las maneras posibles hay que ocultar la muerte.

En nuestra sociedad el cuerpo ha adquirido un valor y valoración de características casi fundamentalistas. Al ser el cuerpo el principal valor de nuestra sociedad, la inexistencia del cuerpo o el no-cuerpo —o más explícitamente el deterioro y la descomposición del cuerpo—, es el absurdo y el no sentido más grande. El envejecimiento y la muerte son en parte el talón de Aquiles de la estetización hacia la cual se pretende conducir a la sociedad y la existencia; así como también el

truncamiento radical de todas las potencialidades y posibilidades de la persona y por qué no también del grupo sociocultural: *"La muerte se presenta como la alienación fundamental de la existencia. No existe el mañana, no existe el porvenir, ya que la muerte destruye todas las ilusiones."*³⁹

El siglo XX ha descargado sobre el cuerpo un gran número de tecnologías, construyendo al propio cuerpo, y construyendo también la forma en la que el sujeto percibe el mundo en el que está inmerso. Construir el cuerpo hoy no es otra cosa que construir el cuerpo del sujeto consumidor y el sujeto perceptor.

Las sociedades occidentales contemporáneas (la de Montevideo entre ellas), han decidido eludir y negar la muerte para siempre por medio del frenesí y éxtasis de la producción-consumo. Cabe preguntarse qué o quiénes lo han decidido; negar y excluir la muerte del mundo de los vivos no es sólo ello, sino que también es otra de las formas que el "sistema" tiene de robarle el pensamiento a sus miembros; o más concretamente quitarle a la gente la posibilidad de pensar y sobre todo de pensar cosas distintas o nuevas. Sin lugar a dudas la negación de la muerte es uno de los mecanismos más eficaces de control social y mantenimiento del *statu quo*.

El cuerpo es el lugar entre el ser y el mundo. Es decir que el ser incide o actúa sobre el mundo en el que está inmerso y forma parte, así como este actúa y obra sobre el ser modificándolo. El cuerpo es el lugar de residencia de la subjetividad, así como la intersubjetividad está conformada por varios cuerpos. El cuerpo es el lugar de la relación intersubjetiva, y este cuerpo en el momento previo a la muerte es separado de los otros cuerpos que forman parte de su mundo intersubjetivo. Se produce un aislamiento del cuerpo-subjetividad del moribundo, del resto de su entorno cotidiano.

En nuestra sociedad contemporánea, en la cual la vida está cada vez más vacía de sentido y el cuerpo se idolatra como el único valor, la muerte no encuentra sentido ni lugar dentro de la situación. La muerte, es decir la destrucción absoluta del cuerpo, es el gran sin sentido según la escala de

³⁸ THOMAS, "El cadáver", pág. 190.

³⁹ GEVAERT, "El problema del hombre", pág. 304.

valores imperantes. Por lo tanto ella (la muerte) debe ser desplazada del ámbito de la cotidianidad y no concientizada como un hecho real, pues en la cultura y sociedad contemporánea carece de significado y desenmascara determinados mitos (progreso, ciencia, medicina, etc.).

La muerte entonces, a pesar del gran misterio que desde siempre se cierne sobre ella, es a nuestro entender una de las realidades humanas que más acusan, ridiculizan y desmienten los ideales y valores sobre los que se intentan apoyar y conducir teleológicamente las sociedades modernas: producción, consumo, éxito, efectividad, racionalidad, belleza corporal, etc.

III.6) CUERPO, MUERTE Y NUEVAS TECNOLOGÍAS MÉDICAS

El siglo XX es también la era de la técnica, era en la cual la propia técnica y tecnologías han generado una sensibilidad determinada que requiere de determinados productos. La técnica es una gramática que descalifica a cualquier otra, y esto posee relación con la exclusión social de la muerte. La técnica aniquila cualquier espacio comunicacional y simbólico distinto de ella; ya sea religioso, artístico, filosófico, etc. La racionalidad científica propone e impone un hegemónico cognocentrismo, de forma tal que cualquier perspectiva, visión de la realidad o de la vida y de la muerte que no esté avalada por el método científico, será inmediatamente puesta en entredicho, y tildada de socialmente desviada o desprestigiada bajo el rótulo de “percepciones alteradas de la conciencia”.

La tecnología trae una promesa; en sí ella lleva el mito-trampa del progreso humano. Las “tecnologías médicas” han librado contra la muerte una suerte de lucha prometeica al combatirla; que no es otra de las formas de negarla excluirla y des-sacralizarla. Más allá de que la medicalización de la muerte posee una función ideológica que es negar, neutralizar y desplazar la muerte del mundo de los vivos (teniendo en cuenta que como ya dijimos, este confinamiento de la muerte persigue objetivos concretos).

Las nuevas tecnologías médicas han trasladado la muerte al hospital, lo cual supone un alejamiento de la muerte de la cotidianidad y el entorno social: *"... a medida que avanza la civilización técnica, el ser humano ha sido reducido a un conjunto de fichas, números, curvas."*⁴⁰

El mundo científico ha hecho de la muerte un objeto más de su saber y de sus construcciones tecnológicas. Han convertido la muerte en un acontecimiento segregado del mundo familiar; pues la vida hospitalaria no participa del mundo familiar y de los afectos, sino que está fuertemente vinculada al entorno del laboratorio y al mundo de lo empresarial. En nuestras sociedades se da *"... una verdadera industrialización de la muerte, la técnica reemplaza al rito y la eficacia al símbolo."*⁴¹

Algunas de las actuales técnicas fúnebres (no muy difundidas aún en nuestra sociedad), también podrían ser interpretadas como otra forma de expulsión de la muerte de la sociedad, y de negación de ésta: cosmetización, criogenización, embalsamamiento, cementerios espaciales, etc.

La medicalización de la muerte representa entonces la neutralización de los efectos mórbidos causados por el cadáver, la exclusión de los muertos de la convivencia con los vivos y el mantenimiento del *statu quo*. Con la fuerte intervención de los médicos y la medicina en el área de la muerte, se remacha la secularización de una nueva funebria: *"El nuevo culto a los muertos, se inspira en padrones de moralidad y no de religiosidad."*⁴²

III.7) EL CADAVER

Al *"... tratar las conductas funerarias relacionadas con la manipulación del cadáver, veremos que, si bien son explicables a partir de las condiciones del medio y las estructuras sociales, sólo se comprenden al reubicarlas en el campo semántico de toda la cultura. Mucho más que una masa de proteína en vías de mineralización, el cadáver es un objeto culturizado."*⁴³

⁴⁰ ROVALETTI, "El sentido de la muerte propia", s/pág.

⁴¹ THOMAS, "El cadáver", pág. 271.

⁴² REIS, "A morte e uma festa: ritos fúnebres e revolta", pág. 261.

⁴³ THOMAS, "El cadáver", pág. 119.

Si es cierto que el cadáver constituye un objeto observable desde una perspectiva fisiológica, también es un objeto culturalizado, y por lo tanto plausible de ser abordado desde las ciencias sociales. En consecuencia resulta imprescindible dedicarle un espacio en este trabajo.

Desde el punto de vista de Thomas,⁴⁴ existen tres modalidades posibles de cosificar el cadáver:

- 1- El cadáver-desecho: en una sociedad como la nuestra, dominada por la técnica y donde la muerte ha sido desacralizada, el cadáver es tratado muchas veces como basura; hay que alejarlo de la ciudad y tratarlo con respeto, pero como un desecho.
- 2- El cadáver-materia prima: el ejemplo más claro de ello fue la utilización de cadáveres por los nazis.
- 3- El cadáver-mercancía: en Occidente lo más notorio del tema, son los transplantes de órganos y la compra y venta de trozos de cadáveres.

Tal vez el tratamiento que el cadáver (el símbolo más visible de la muerte) tenga en nuestra sociedad, oscile entre el tratarlo muchas veces como un desecho respetado y cada vez más –por lo menos entre algunos sectores sociales- como una mercancía (sobre todo en lo que se refiere al auge de los transplantes de órganos).

Como ya dijimos, desde antes de que la muerte irrumpa de manera definitiva, el enfermo o el anciano son confinados en lugares específicos: centros hospitalarios, casas de salud, etc. En lo que al cadáver se refiere, desde el momento mismo en que la persona desaparece y se “convierte” en cadáver, este último pasará a ser un objeto culturalizado y un objeto sobre el que se ejerce el derecho.

Los sobrevivientes vinculados afectivamente al reciente difunto, son des-apropiados del cadáver de quien en vida fuera un ser querido. El cuerpo del difunto, lugar de residencia de la subjetividad y de la interacción con el mundo y los demás, no es pertenencia de quienes en vida interactuaron con él. El cadáver es propiedad de la voluntad público-burocrática.

Por lo tanto la posible presencia del cadáver, así como la consumación de la muerte, habilitan la entrada en escena de los distintos mecanismos de control público-burocrático. Además se produce la irrupción de toda una fauna necrófaga que se alimenta del fenómeno (escribanos, abogados, cementerios privados, salas velatorias, etc.)

III.7.a) EL RITUAL DEL VELORIO

Si tenemos en cuenta como se dispone el cadáver inmediatamente después de su aparición, debemos remitirnos al espacio propio de las salas velatorias; salvo en caso de que la muerte se haya producido en situaciones dudosas, lo cual requeriría el pasaje del cadáver por la morgue para ser estudiado. El cadáver es transportado por lo general (firma del acta de defunción por un médico mediante) hacia alguno de los complejos velatorios (empresas con fines de lucro) existentes en nuestra sociedad.

Como era de esperar, las diferencias sociales también se hacen visibles en el momento de la muerte y en el ritual del velorio. Montevideo presenta una gama impresionante de salas velatorias, acordes con la situación socio-económica del difunto y los dolientes: en un extremo tenemos las grises y austeras salas velatorias que la Intendencia coloca al servicio de los sectores más pobres — cuando no el velorio doméstico que resulta más económico, pues no hay que transportarse en ómnibus hasta las salas que quedan junto al Cementerio Central—. En el otro extremo tenemos los complejos velatorios del centro de Montevideo. En éstos la funcionalidad, la comodidad y el refinamiento estético no poseen punto de comparación con las anteriores. Al igual que en la sociedad, entre los dos extremos nos encontramos con una amplia gama de salas en distintos barrios montevideanos, pautadas por las diversas situaciones socioeconómicas.

⁴⁴ cfr. THOMAS, "El cadáver", págs. 152-160.

Esto significa que en la primera disposición del cadáver, que por lo general se remite al espacio físico del ritual del velorio, se produce una adecuación (limitación) de ésta a la escala socioeconómica imperante en el grupo social en cuestión.

III.7.b) EL CEMENTERIO

En lo que a la disposición del cadáver se refiere, si tenemos en cuenta diversas culturas, nos encontraremos con que los cuatro elementos de la naturaleza se encuentran presentes: agua, aire, fuego y tierra. Nuestra sociedad sigue siendo fiel a la inhumación para la mayoría de sus miembros aunque muy tímidamente echa sus raíces la práctica de la cremación.

En los espacios dedicados por nuestra sociedad a ubicar los cadáveres de los que en vida fueron sus miembros, se encuentran visibles entonces tres elementos de los cuatro citados. La llamada práctica de la inhumación –que literalmente significaría el en-tierro-, no siempre encuentra a la tierra como un elemento central en la disposición última del cadáver. El aire se encuentra fuertemente presente en las inhumaciones practicadas por nuestra sociedad: ya sea en los panteones sobre la superficie o en los nunca bien ponderados “tubulares” del Cementerio del Norte –en éstos últimos se encuentra presente una conjunción de elementos que remiten al aire y elementos que remiten a la tierra.

Hablamos de disposición última del cadáver, pero debemos tener en cuenta que, racionalidad económica mediante –no racionalidad afectiva, teleológica, ni psicológica-, la disposición última del cadáver no es por lo general el lugar del “entierro” o la primera ubicación. En una suerte de acto necrófilo y siniestro, en la mayoría de los casos los familiares del difunto se ven obligados luego de un determinado período de “entierro”, a presenciar la dolorosa “reducción”: último coletazo de un sistema y una burocratización perversa y desacralizada de la muerte.

El cementerio, lugar último en el que por lo general se confina al cadáver, es un reflejo fiel de la sociedad en la que se ha vivido. En éstos la organización y localización de los cadáveres están

planificadas; por lo tanto cada ataúd posee una ubicación espacial clara, precisa, visible y registrada por el servicio de necrópolis correspondiente.

La organización de estos espacios físicos utilizados para disponer los cadáveres, así como el nombre que reciben, hacen de alguna manera que el sobreviviente olvide la muerte o al menos desdramatice su realidad. Etimológicamente necrópolis no significa lugar donde se entierran los cadáveres ni donde se los guarda, la palabra compuesta de dos palabras griegas (necrós: muerto y pólis: ciudad), significa “ciudad de los muertos”.

La ciudad de los muertos, al igual que el ritual del velorio, es un reflejo aún más claro de la “ciudad de los vivos”. La escala de valores vigentes, al igual que los diversos estados y situaciones socioeconómicas de la sociedad montevideana, se encuentran gráfica, fiel y claramente plasmadas en la organización y características de la ciudad de los muertos.

La muerte en nuestra sociedad tiene la singular facultad de convertirnos a todos en “buenas personas”. No importa quien muera: por lo general el tránsito de la vida a lo desconocido libera al difunto –al menos en el discurso de la mayoría de los sobrevivientes- de lo que en vida fueron sus errores, defectos o mediocridades. Pero la muerte no borra la condición socioeconómica en la que se muere, y el cementerio así lo atestiguará en el tiempo: tal vez, los poderosos en el mundo de los vivos se resisten a ser igualados por la muerte a los que en vida no fueron “importantes”.

Dentro del cementerio nos encontramos con una estratificación social (obviamente inmutable) clara, que no presenta dudas al observador. La disposición geográfica y el diseño urbanístico de la ciudad de los muertos pretende continuar lo que en vida fuera la sociedad. Es decir que, nos encontramos con panteones “residenciales” y con tumbas “populares” que llegan a la marginación del circuito de la necrópolis en el caso de las fosas comunes. Dentro de estas silenciosas ciudades se puede apreciar la reiteración de la pirámide clasista en un espectro que va desde las tumbas con un excelente refinamiento y un alto sentido de la estética (monumentos, tallas, vegetación) hasta el pragmático y económico invento de los “tubulares” (lugar en el que se entierra a aquellos que no

tienen panteón familiar, ni un buen nivel económico y no pertenecen a ninguna organización que les provea del “último refugio”). Entre estos dos extremos tenemos toda una gama de refinamientos estéticos y determinaciones económicas que se plasman sin equívocos en los epitafios y en la arquitectura de las tumbas.

Por último, al hablar de la ciudad de los muertos no debemos pasar por alto los nuevos country's, o barrios privados para ricos. Nos referimos entonces a los nuevos cementerios particulares: en ellos se plasma el ideal estético de “vuelta a la naturaleza”, la exclusión geográfica de la ciudad de los muertos de la convivencia con los vivos (todos se encuentran fuera del casco urbano), y la desdramatización de la muerte y búsqueda del olvido.

CONCLUSIÓN

Como se ha visto, hemos intentado interpretar sociológica y antropológicamente el fenómeno de la muerte humana. En tal sentido, hemos pasado revista, someramente, a la complejidad con que éste se ha presentado a lo largo de las sociedades y el tiempo, y a las formas en que ha sido sentido y pensado.

No existen verdades absolutas en torno a la muerte, y correr el velo de misterio que sobre ella se cierne resulta imposible para nosotros los mortales. La muerte es el común denominador de todas las sociedades y todas las sociedades han tenido que enfrentarse con la muerte de sus miembros. Querámoslo o no la muerte es intrínseca a la condición humana; la única certeza absoluta que tenemos al nacer es que algún día moriremos. Cada día que pasa nos acerca más a este acontecimiento radicalmente individual y misterioso.

Al centrarnos en la sociedad montevideana y el fenómeno de la muerte, es posible ver parte del proceso que llevó desde una actitud colectiva de aceptación de la muerte hasta la negación y ocultamiento de esta. De una forma u otra, este proceso se ha cumplido, aunque con algunas variaciones, en muchas de las sociedades modernas contemporáneas.

En lo que atañe a las causas sociales que permitieron el pasaje de un tipo de sensibilidad ante la muerte a otro, los consensos no son tan claros. Se habla de proceso modernizador, civilizador, evolución social, progreso, pérdida de los valores cristianos, etc.

En lo personal creemos que el cambio de actitudes ante la muerte, y más específicamente centrándonos en Montevideo, el ocultamiento de la muerte, la exclusión de ésta del mundo de los vivos; responde a un proceso social e histórico: la "muerte de Dios".

Sobre finales del siglo XIX, Nietzsche anuncia que hemos matado a Dios pero aún no hemos tomado conciencia del hecho. Para el autor la muerte de Dios no es un hecho histórico datable, sino que es un proceso social que forma parte del devenir histórico. La muerte de Dios significó a la modernidad la desaparición del mundo verdadero: una cosmovisión del hombre (la vida y la muerte) del mundo y de la vida.

Sin entrar en el proceso concreto por el que nuestra sociedad ha dado muerte a Dios (no es el tema del trabajo), entendemos que la muerte de Dios trajo consigo la colonización del saber científico de todas las dimensiones de la vida (material, espiritual, afectiva, etc.); y con él la racionalización del mundo y la existencia. Este avance de la racionalidad científico-técnica, posibilitó el mundo fuera desencantado y despoblado de misterios y realidades metaempíricas; el mundo de las hadas, los gnomos, los genios y los dioses, aparentemente desapareció. El sometimiento de la realidad encantada y de las antiguas creencias al método de validación científico, dio por tierra con ellas despojando el mundo y la sociedad del encanto que le era propio.

Con la muerte de Dios, la realidad ha quedado sin fundamentos; la vida y el mundo no tienen bases sólidas sobre las que apoyarse; el mundo verdadero ha desaparecido y con él el mundo aparente.

La sociedad capitalista en la que vivimos, inmersa en el frenesí de la producción y consumo, no puede aceptar la muerte del hombre después de la muerte de Dios. La desaparición de la persona y la putrefacción del cuerpo, hacen que el mundo en el que vivimos no tenga sentido ni fundamento.

La existencia de la muerte hacia la cual todos caminamos, es el talón de Aquiles de una sociedad que pone sus bases en el crecimiento económico y en valores fundamentados en la producción, el consumo, la eficiencia, la competitividad. Nuestro destino está en manos de los nuevos teólogos de fin de siglo (los economistas) y nuestra sociedad toda parece prepararse para una suerte de consumación escatológica en el aquí y ahora. Nos preparamos y el sistema nos prepara para la inmortalidad, al parecer en estas mismas coordenadas espacio-temporales: preparamos nuestro cuerpo, nuestra inteligencia y nuestro porvenir económico y material.

A nuestro entender la muerte da por tierra con toda esta construcción teleológica posterior a la muerte de Dios. Las sociedades modernas y nuestra sociedad montevideana, han fundamentado su existencia, su funcionamiento, su estabilidad y su crecimiento económico –tanto en lo colectivo como en la vida individual de sus integrantes-; en una existencia sin muerte. Vacía de sentido ya la existencia, luego de la muerte de Dios, se sumerge aún más en un paradójico sin sentido: la vida humana sin la muerte en el horizonte es incapaz de autodefinirse un sentido, en la medida en que puede llegar a tener todos los sentidos que quisiese. O peor aún, no se plantea el problema del sentido porque no existe conciencia de la realidad de la muerte, de nuestra finitud, del ser seres-para-la-muerte.

De acuerdo con la línea de pensamiento en la que venimos trabajando, la expulsión de la muerte del mundo de los vivos y del seno de nuestras sociedades modernas, no es un hecho meramente casual y accidental. Las sociedades modernas ya no asisten a una exorcisión de la muerte sino a una negación de ésta, y esta negación no es fortuita sino ideológica y con claros objetivos políticos y sociales.

El sistema todo y la sociedad toda, son, devienen y se proyectan en un horizonte sin muerte. El futuro se construye así y los miembros de la sociedad son formados así por el sistema. La eliminación de la muerte en el horizonte de la existencia –individual y colectiva-, borra también a nuestro entender una de las más grandes potencias disparadoras de pensamiento, creatividad,

posibilidad de cambio y alteridad. Como ya se expuso en estas páginas, la posibilidad y realidad de la muerte nos urge a encontrar e imprimir un sentido a la existencia, con la consecuente relativización de muchos de los sentidos impuestos desde fuera de nuestra propia existencia (producción, consumo, éxito, eficiencia, etc.)

No es de extrañar entonces, que dada la situación actual de nuestra sociedad y de nuestras sociedades modernas, la muerte sea ocultada, negada, prohibida y controlada. Sólo eliminándola el sistema logrará mantener la estabilidad e integración social necesarias para continuar su funcionamiento y encubrir la muerte que –a pesar de su negación-, él genera y con ella se alimenta.

BIBLIOGRAFÍA:

ALBOU, Paul

“La muerte y sus actores”, revista “Relaciones”, marzo 1991, Nº 82.

AROCENA, Felipe

“Muerte y resurrección del Facundo Quiroga”, ed. Trilce, Montevideo, 1996.

BARRÁN, José Pedro

“Historia de la sensibilidad en el Uruguay”, tomo 1 “La cultura “Bárbara”: (1800- 1860). Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1994

“Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos”, tomo 1, “El poder de curar”. Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1992.

“Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos”, tomo 3, “La invención del cuerpo”. Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1995.

BERIAIN, Josetexto

“Representaciones colectivas y proyecto de modernidad”, Anthropos, Barcelona, 1990.

CARSE, James P.

“Muerte y existencia”, “Una historia conceptual de la mortalidad humana”, FCU, México, 1987.

CAZENEUVE, Jean

“Sociología del rito”, Amorrortu, Bs. As., 1972.

CORDÓN, Faustino

“La vida y la muerte”, Revista de Occidente, julio-setiembre de 1981, Nº6, págs. 5-25. Madrid.

CHAUCHARD, Paul

“La muerte”, ed. Paidós, 1ª edición, Bs.As., 1960.

DA SILVA, Arisvaldo

“Na veritagen da morte”, (Atitudes diante da morte nos tempos do cólera: Nordeste 1856/62), trabajo de tesis, Universidade Estadual de Campinas. Brasil, 1993.

FERRATER MORA, José

“El ser y la muerte”, Aguilar, Madrid, 1962.

FONTECHA, José

“En el hombre la muerte forma parte de la vida”, (estudio de la UCUDAL, sección bioética).

FRAKE, Charles

“La etnografía”, s/f, trad. Andrea Gamarra.

GEVAERT

“El problema del hombre”, Salamanca, ed. Sígueme. 1976.

LAPLANTINE, François

"Antropología da doença", ed. Martins Fontes, San Pablo, 1991.

MARDONES, José María

"Post-modernidad y cristianismo", "El desafío del fragmento"

REIS, João José

"A morte e una festa: ritos fúnebres e revolta", capítulo 10: "Civilizar os costumes: a medicalização da morte". Brasil, 1991.

RODRÍGUEZ, Julián

"El dilema ante la muerte", revista "Anthropos", febrero 1986, Caracas, págs. 63-76.

ROVALETTI, María Lucrecia

"El sentido de la muerte propia", revista "Relaciones", enero-febrero 1991, Nº 80/81.

RUBIO, R.

"La muerte como proceso psicológico", revista "Pensamiento", Madrid, abril-junio 1989, págs. 241-251.

THOMAS, Louis-Vincent

"El cadáver: de la biología a la antropología", FCE, México, 1980.

"Antropología de la muerte", FCE, México, 1983.

TOYNBEE, MANT, SMART, HINTON, YUDKIN, RHODE, HEYWOOD y PRICE

"El hombre frente a la muerte", Emecé editores S.A., Bs. As., 1971.

VICENTE, Jorge

"Sobre la muerte y el morir", revista "Scripta Theológica", enero-abril 1990, Navarra, págs. 113-143.

VIDART, Daniel

"Para una antropología de la muerte", revista "Trabajo Social", Año I, Nº 4, Montevideo, febrero de 1987.

"Para una etnología de la muerte", revista "Relaciones", mayo 1991, Nº 84.

"Vida, muerte, inmortalidad", revista "Relaciones", agosto 1991, Nº 87.